

LOS INDIOS SON ALLÍ TODAVÍA INDIOS Y VAGAN EN LA BARBARIE ESPERANDO LA HISPANIDAD¹

Miquel Izard
Universidad de Barcelona

*Hey, Woody Guthrie, I wrote you a song,
'Bout a funny old world that's a coming along,
Seems sick and it's hungry, it's tired and it's torn,
it looks it's a dyin and it's a hardly been born.*
Bob Dylan

1. El mayor genocidio del pasado de la humanidad

El 18 de mayo de 1992 Josef Schwammberger, antiguo oficial de las SS y exdirector de los campos de concentración de Rozwadow y Przemysl fue condenado a cadena perpetua por un tribunal de Stuttgart, acusado de azuzar perros asesinos contra los presos, aplastar con su bota la cabeza de un muchacho, mandar ejecutar niños en presencia de sus padres y fusilar miles de judíos. Cinco meses antes, con motivo del 50º aniversario de la reunión de Wannsee, donde dirigentes nazis decidieron el exterminio de los judíos, el canciller Kohl declaró «el más oscuro capítulo de nuestra historia no puede ser olvidado».² Me pregunto si los alemanes, cambiando de parecer, querrán festejarlo dentro de 450 años.

La información sobre crueldades y canalladas (por el papel jugado por los canes) perpetradas por occidentales desde el inicio de la agresión a América es impresionante por su cantidad y dantesca por su calidad.³ Y sorprende que se haya querido celebrar o conmemorar el V centenario arguyendo que la humanidad es

1 . La frase la utilizó el militar requeté, doctor en derecho y periodista Casariego (*Grandeza y proyección*, 146-147) enfatizando que las denuncias de las Casas impidieron *colonizar* y *civilizar* la Costa Atlántica de la actual Nicaragua.

Para abreviar, he dado un número a los autores utilizados, y mencionados al final. Todas las cursivas son mías.

2 . Cfr. *El País*, 19/05/92, 2 y 23/01/92, 10.

3 . Como ni este es lugar indicado ni dispongo de espacio para una aproximación me limitaré a citar una sola inculpación, aplastante, *Antiguas culturas precolombinas* de Laurette Séjourné, Madrid, 1972, vol. 21, América Latina I, de la Historia Universal de Siglo XXI.

cruel por naturaleza, que todas las conquistas son violentas u ocultando los problemas morales en el desván de la vileza comparada, escudándose en que más mortal habría sido la colonización inglesa, no porque desaparecieran más aborígenes en el norte, sino porque se eliminaron un porcentaje más elevado del total de los mismos. Una vez más debo evocar que lo esperpéntico de la hecatombe demográfica del siglo XVI no fueron los millones de nativos desaparecidos, sino que las mujeres, horrorizadas por lo que estaba ocurriendo, se negaran a parir y no repusieran los fallecidos.

Crueldades y canalladas ya impactaron a los coetáneos europeos, (bueno sería recordar que las revelaciones más inquietantes fueron de castellanos) y ante cariz y calibre de denuncias y protestas corona, jercas eclesiásticos y conquistadores promulgaron leyes que no pensaban cumplir y mandaron elaborar con falacias, exageraciones y exabruptos, una Leyenda apologética y legitimizadora (en adelante **Lal**). Centurias después, último cuarto del siglo XIX, al conocerse atrocidades del ejército colonial español en Cuba, y al compararlas muchos con la conquista colonial, el gobierno de Madrid recuperó la **Lal** y la volvió a declarar de curso legal. Más tarde se desempolvó por nuevo descrédito, vinculado a protestas por el asesinato legal de Ferrer Guardia, y devino un pilar ideológico del fascismo durante la guerra civil y la dictadura.

Y asombra que se siga dando valor heurístico a panfletos escritos no para narrar lo acontecido sino para escamotearlo o disfrazarlo y que el discurso sea aún el franquista, lo que se ve cotejando manuales de enseñanza media de décadas anteriores con los actuales. Por curiosidad, mientras esperaba libros en la Biblioteca Nacional de Caracas, tuve la ocurrencia de buscar Pedrarias Dávila, quizás el más sádico y cruel de los conquistadores, en diccionarios y enciclopedias. Asombrado, proseguí la pesquisa y llevo más de tres años con el tema. Esta nueva entrega sobre la **Lal** se basa en publicaciones de editoriales estatales franquistas.⁴

Los aconteceres le jugaron mala pasada a Juderías que decía, para justificar el pasado y otra infamia de 1492, «Concretándonos a España, lo primero que salta a la vista es el afán de purificar la *raza* de elementos extraños a ella. A nadie puede asombrar que la primera víctima fuera la *raza* hebrea. A los ojos de la crítica moderna estos procedimientos no tienen defensa. Pero el profesor Munsterberg ha dicho, y ha dicho muy bien, que los acontecimientos históricos deben juzgarse con sujeción al criterio de la época en que se produjeron y jamás con arreglo al nuestro [... añadía citando a Menéndez Pelayo] el instinto de conservación se sobrepuso a todo [...] para disipar aquella dolorosa incertidumbre en que no se podía distinguir al fiel del infiel, ni al traidor del amigo, surgió en todos los espíritus el pensa-

4 . Véanse una aproximación general, «Hombres aunque indios. 500 años de leyendas», en P. García y M. Izard (Coord). *Conquista y resistencia en la historia de América*, Barcelona, 1992, Universitat de Barcelona 447-465; un análisis sobre manuales escolares, «Albaceas de la memoria o funcionarios del olvido» en *Historia Social*, Valencia, 14 (otoño 1992) 143-158; una antología de fascistas latinoamericanos, «Caballos, canes, conquistadores y cruzados», para *Anuario* del IEHS, Tandil, Argentina VII (1992), 11-19 y «Elegir lo posible y escoger lo mejor. Sobre la **Lal** eclesiástica», *Boletín Americanista*, 42-43 (1992-1993), 141-158.

miento de la Inquisición» (3, p. 91).⁵ No podía sospechar Juderías que pocas décadas después de su muerte, dando al traste con criterios y épocas, los judíos volverían a ser víctimas del embrutecedor antisemitismo.

Diría que el artificio de Juderías y tantos otros es falacia cuádruple. En primer lugar las denuncias más implacables fueron de coetáneos de los hechos, no sólo criticaron las guerras de conquista, además, y por encima de todo, el trato que recibieron los agredidos, muchas veces sin ni siquiera la excusa de enfrentamientos bélicos, pues la mayoría, en una primera etapa, se cazaron para esclavizarlos. En segundo las acusaciones impactaron entonces notablemente en la misma Castilla, obligando a los monarcas a reunir juntas de teólogos o elaborar legislaciones, lo repito, jamás cumplidas. En tercer lugar, los preceptos morales infringidos, prohibiendo o castigando asesinato, violación o abuso con los débiles, son tan antiguos como la humanidad, regían miles de años antes de 1492, y no han variado. En cuarto los estados siguen abusando e irrespetando derechos elementales, ahora como a finales de la edad media o mucho antes, provocando denuncias como las del siglo 16. Por desgracia hay tantos casos, están en la mente de todos, que es imposible mencionarlos pero podría recordar a fuerzas parapoliciales asesinando niños en Brasil.

Las canalladas fueron de tal envergadura que incluso se escaparon a oficiales de la **Lal**. Pereña, pongo por caso, cita dos frailes, Bernardino de Minaya, se opuso a las crueldades de Pizarro en Perú, y Marcos de Niza quien ya en 1537 habría sugerido fueran condenadas las conquistas de América (5, 5 y 6).⁶ Por su parte, Cristóbal Real, especialista en Colón y en detallada narración del segundo viaje, da prueba fehaciente de que se esclavizó a aborígenes, «[el virrey] don Luis de Velasco, en 1551 puso en libertad a ciento sesenta mil indios que trabajaban, forzosamente, en las minas» (6, 417).

2. Civilización y barbarie

De las diferencias culturales entre América y Europa en 1492, por supuesto muchas, quisiera enfatizar una: al contrario que en el viejo continente, más del 90% del nuevo territorio era señoreado por naciones autosuficientes que conociendo la agricultura preferían depender esencialmente de caza, pesca y recolección. Producir sólo, sin excedente, lo que estrictamente necesitaban, les ahorró estado, ejército, religión o familia. Algunos antropólogos las llaman sociedades armónicas

5 . Julián Juderías y Loyot (1880-1918), empleado en el Instituto de Reformas Sociales y de la Real Academia de la Historia, publicó este clásico sobre *La Leyenda negra*, que tantos han plagiado, incluso muy recientemente, dedicado más a España y al resto de Europa que a América. Como suele ocurrir en este tipo de obras el autor califica las críticas a los habsburgos, los borbones o sus gobiernos de ataques a España.

6 . Luciano Pereña Vicente, premio Raimundo Lulio 1954, elaboró su tesis sobre cuatro juristas Carranza, Cano, Covarrubias y Peña, actualizadores de los principios de Vitoria; dice justo al iniciar su trabajo, «las Leyes de Indias de 1542 significaron el más alto monumento a la libertad y a la dignidad de la persona humana»(3).

o no conflictivas y suficientes investigadores evidencian que se debía a una opción y no, por supuesto, a una carencia; que se hallaban en dicho estadio, ecológico por cierto, no por atrasadas sino por propia decisión.

Poco más del 9% lo ocupaban estados excedentarios antagónicos, con poder, represión, policía o religión, e interesados en cuestiones distintas a las nuestras, de la medicina a la astronomía, del álgebra y la estadística al regadío. Los europeos destacaban en técnicas logísticas pero los mayas idearon el cero, aquéllos tenían arados pero Tenochtitlán, en cuyo mercado se podían conseguir tres mil vegetales, se nutría gracias a las rentables xinampas, Europa construía catedrales, pero los incas organizaron Machu Pichu y la que los europeos llamaron falsa bóveda se vio que resistía los terremotos.

Precisamente por ello, porque las culturas conquistadas, sometidas o destruidas eran, a todos los niveles, espectaculares, los occidentales, poco originales, perpetraron otra infamia, tacharlas de bárbaras en un curioso intento de justificar, como si se pudiera, la violencia.

Decididos a sacralizar el sistema se puede afirmar, «Entrañó, pues, para España la dominación visigoda un gran progreso, lo mismo en el orden político con la creación de un Estado [...] como en el orden legislativo con el Fuero Juzgo, como en el orden parlamentario, con los concilios de Toledo, tronco de nuestras Cortes [...]. La invasión árabe [...] fue un *retroceso* en el camino de la unidad nacional» (3, 56).

Mientras los historiadores no han comparado la conquista de al-Andalus con la americana, los creadores captaron pronto las similitudes; en una novela los agresores llaman mezquitas los templos del Nuevo Mundo y cuando en Tenochtitlán ven tanta gente exclama un soldado, «A más moros, más ganancia» (2, 100 y 210);⁷ por su parte Maeztu opinaba, «No hay en la historia universal obra comparable a la realizada por España, que hemos incorporado a la civilización cristiana a todas las razas que estuvieron bajo nuestra influencia» (4, 115).

Nadie ignora logros dietéticos de los americanos, cacao, tomate, maíz, pavo o patata, pero según la *Lal* pasaban hambre por no comer como los europeos coetáneos; para Real «España tuvo que hacer esta magnífica obra [llevar vegetales europeos] para poder penetrar en el corazón de América, donde los hombres *civilizados* casi no encontraban qué comer, y los indios se comían unos a otros» (6, 359). En afirmación general previa, decía «América vivía en aquel siglo [el 16], como en la isla de Guadalupe, en la más espantosa barbarie. Todo el Continente [...] estaba sumido en las tinieblas de la más horrible incultura. Los pueblos mejor preparados de América [...] usaban palo plantador] lo que demuestra la incultura en que, hasta los más civilizados, si se les puede llamar así, vivían» (89). La cuestión le obsesionaba, tras mencionar bisontes, «En América no había mamíferos de tamaño grande» (334), y volvía más adelante, «Al ser multiplicados en América los animales que fueron llevados allí por los españoles, renunciaron los indios a ha-

7. García Serano, escritor y notorio falangista obtuvo premio nacional de literatura José Antonio Primo de Rivera con otra novela *La fiel infantería* (Madrid, 1943, Editora Nacional).

cerse constante guerra, que les servía para obtener abundante carne humana, con la cual se nutrían a veces en muchas regiones del Nuevo Mundo» y copiaba del padre Cobo, «De suerte que podemos decir con verdad, que de este cambio que América ha hecho con España, comunicándole sus ricos metales y recibiendo de ella, en trueco, los animales y plantas de que se halla bien proveída, ha sido América notoriamente mejorada [... los aborígenes] se alumbraban por primera vez con velas [...] desde el oscurecer, alargan los hombres la vida. La luz brilló por primera vez allí, en la inmensa oscuridad, que hasta entonces parecía eternizarse» y con el sebo hicieron velas, «con que se alumbraron, por primera vez, los indios y se *pudo trabajar en las minas*» (6, 375-376 y 390). La cría de ovejas tuvo más consecuencias, «La vida en casi todo el Continente, por la carencia de vestidos para cubrirse, tuvo que ser horrorosa antes de llegar allí los españoles, especialmente en los lugares en que la temperatura bajaba a cero»,⁸ y machacaba «Tal pasmosa riqueza concluyó para siempre con la antropofagia, porque ningún indio osaba entonces matar a ningún ser humano para nutrirse de él [...]» (381-382). Pero podía ir más allá, decía copiar de una relación del 16, sobre Antioquia «después que el hijo o hija nace, al cabo de un mes, o más o menos, como se les antoja, toman al niño y le tuestan al fuego, en una casuela, como quien asa un lechón, y se lo come el padre, y después, cuando le parece, hace otro tanto con la madre» (398).

Violar las aborígenes por sistema fue uno de los más apocalípticos rostros de la violencia de los agresores y sobre ello insiste Séjourné en el manual mencionado. La *Lal*, tergiversando, puede sostener lo contrario, «Los funcionarios del Rey, en Quito, añadían que en la mencionada región podían contarse 'más de treinta mil indios casados', lo cual fue un nuevo *triumfo* de la nación descubridora y colonizadora, porque los indios solían tomar, *por la fuerza*, no todas las mujeres que podían sostener, sino todas las que ellos creían suficientes para que les regalaran, y además *trabajaran*, para conseguir alimentarles a ellos, porque, en aquella edad dorada y eglógica del Nuevo Mundo, todo el trabajo era para las mujeres, mientras los hombres se mataban unos a otros o envilecían» (6,389).⁹ Real se contradice, no queda claro si los aborígenes vivían de carne humana o de explotar a sus esposas, a no ser que estas cazaran gente.

Nuestro novelista, por su parte, enfatiza que Cortés con la espada «barría miles de años de error, hacía el alba, construía el camino de Cristo, daba paso al Angelus y al Avemaría, al trigo de la Hostia y el pan, al vino de la Sangre y el amor, a los versos de Berceo y a las Cántigas de Alfonso, al piropo y la prez, a la liturgia y la canción, a la *libertad* y al derecho, a la romería y a la rueda» (2, 250).

8 . Le habría bastado a Real darse una vuelta, pongo por caso, por el Museo Ixchel del Traje Indígena de Guatemala o por The Textile Museum de Washington.

9 . El profesor Morales Padrón (*Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid, 1971, Editora Nacional, 611) piensa que frente al conquistador, el aborígen «se defiende de él, lo rechaza, o acaba replegándose mientras las mujeres se *entregaban* al blanco para originar lo mestizo [...]. El soldado hispano, con armadura, cabello corto y barba, ejercía cierta atracción sobre la mujer cobriza primitiva, que por otro lado y según autores, comprobó que el blanco era un instrumento de *mayor placer* que el indio./ Los mismos indígenas fomentaban esta unión [...] / Si el indio no *la ofrecía* el español la tomaba» (248-249).

Se podría objetar que son exabruptos insólitos, pero se detectan a cada rato. El profesor Hernández Sánchez-Barba, mencionando naciones que rechazaban la *civilización* al norte de la Nueva España dice, «Los apaches hacían la guerra por dos razones: o por odio o por utilidad. El odio por razones sociales; y la utilidad, por la necesidad en que vivían, pues al no sembrar la tierra, ni cultivarla, ni tener ganados, habían de buscar los alimentos quitándoles a los españoles lo que necesitaban para su subsistencia».¹⁰ Como no hubo *españoles* en América antes de 1492, los apaches padecieron hambre durante milenios, hasta aquella fecha, lo que también sostiene Viñas Mey, «como quiera que antes de la llegada de los españoles a las Indias allí se desconocían las especies de ganado vacuno, lanar, caballar, de cerda, así como los cereales, el olivo, la vid y otros muchos vegetales europeos [...] por tanto, los indígenas eran poblaciones desnutridas».¹¹

Ramón Menéndez Pidal terció a su vez en la disputa con un grotesco panfleto contra las Casas, «Para descrédito de la utopía lascasiana, florecía una Nueva España, donde gobernantes y misioneros practicaban y depuraban la encomienda, donde los indios habían salido de una edad prehistórica, de la edad de piedra, con antropofagia y sacrificios humanos, para entrar en una vida civilizada, enriquecida ya con los mejores vegetales y animales útiles del mundo viejo y con las instituciones creadas con la vieja cultura, comenzando con la encomienda y llegando hasta la imprenta y los colegios mayores; una *España Nueva* donde gobernantes, obispos y misioneros sembraban catequesis, colegios, talleres y hospitales para los indios».¹²

Y según Pemán, «El esfuerzo que los conquistadores realizaron para dominar aquellas tierras lejanas, es una de las *maravillas* mayores de la Historia del mundo. Todo estaba allí por hacer [...una] naturaleza salvaje, *nunca domada* por el hombre./ Y frente a esta naturaleza, no había ningún instrumento de dominación. Todo tuvo que llevarlo España: el caballo, el *perro*, el trigo, la viña, el olivo. [...]. Y no se crea que estos hombres *maravillosos* como héroes de cuentos, se olvidaban a aquella distancia del sentido de *Cruzada* que España había dado, desde un principio, a la conquista. Hubo en aquellas empresas indudablemente algunas crueldades, codicias y defectos humanos. Pero continuamente aparecen rasgos que demuestran que aquellos hombres duros no se habían desprendido de la sublime idea española de ganar un Mundo para la Fe y la civilización».¹³

El antropólogo colombiano, Hernández Rodríguez, marxista declarado opinaba algo parecido, «la necesidad de recompensar a sus bravos compañeros de armas, impulsaron a Quesada a repartir a los indios en encomiendas. [Quesada] había subido el río de la Magdalena atravesando las selvas del Opón, en un recorrido *heroico* contra la naturaleza bravía y apretada del trópico [...]. Los repartimientos tu-

10 . *La última expansión española en América*, Madrid, 1957, Instituto de Estudios Políticos, 51.

11 . «Regímenes sociales de España en Indias», en VVAA, *Las raíces de América*, Madrid, 1968, Instituto Español de Antropología Aplicada, 439.

12 . *El padre las Casas. Su doble personalidad*, Madrid, 1963, Espasa-Calpe, 73.

13 . *La historia de España contada con sencillez. Para los niños ... y para muchos que no lo son*, Cádiz-Madrid, s.a., Escélicer, 30 y 34.

vieron por objeto en un principio recompensar por sus *proezas* y sus *martirios* a los soldados sobrevivientes de la *gesta heroica*».¹⁴

En ocasiones se dice lo mismo de manera más subliminal: para el maestro Céspedes «La llegada de los europeos no hizo más que acelerar y extender una de estas crisis [anterior de superpoblación y deterioración ecológica], pero hasta el punto de que se convertiría en un desastre demográfico sin precedentes» o la cabaña europea «favoreció a la larga a los indios, que fueron reemplazados por ganado en el transporte y que incorporaron carne a su dieta antes casi o totalmente vegetariana».¹⁵

3. De Isabel y Fernando el espíritu impera

La *Lal* es providencial, machista, racista, franquista, españolista y reaccionaria. García Serrano aborrecía a las Casas, le llamaba fray Bobo, san Memo, bendito mentecato o sor Melindres y comentaba, «Cuando no se entiende de *cosas de hombres* y se tiene vocación religiosa, mejor es quedarse en un convento de monjas, aderezando dulcecitos y enaguas para el Niño y poniendo flores en los altares» (2, 37, 59, 73, 194 y 71).

El racismo puede sublimarse, «La obra civilizadora y elevadora de la humanidad india tuvo en América su principal enemigo en la propia indolencia de aquella raza con sus incontenibles atavismos, que la impulsaban a la vida ociosa y selvática» (1, 150). Y no sólo se ningunea a los invadidos, también a sus defensores; Arelliza sostenía, en prólogo de 1954 «¿Era posible que un hombre como Juderías [...] se atreviera a enfrentarse con la *jauría* desbocada que desde hace tres siglos la draba su rencor y sus ofensas contra el pasado de España?» (3, 19).

Frente al menosprecio, se abusa de loa y ditirambo. Para Juderías, «Tenemos, pues, que habérnoslas con una *raza* fuerte y dura, apasionada y vehemente, valerosa y sufrida, noble y generosa, incapaz de traiciones ni de perjuros, amiga de ser dueña de hecho de lo que le pertenece por derecho, inclinada a la democracia real y efectiva y no a la de nombre, rebelde tan luego nota que la autoridad flaquea, pero capaz de las cosas más grandes cuando se siente dirigida por una mano fuerte y hábil y se halla estimulada por grandes ideales» (3, 52). Nuestro autor va más allá, «Entonces es cuando acomete España su primera empresa *caballeresca*, el descubrimiento de América. *Caballeresca* era la empresa, puesto que se salía de los límites de lo común y corriente para penetrar en los dominios de lo *maravilloso*» (3, 75).

Panegírico patriótico que alcanzó el cénit con Maeztu, para quien, «El valor histórico de España consiste en la defensa del espíritu universal contra el de secta.

14 . *De los chibchas a la colonia y a la República. Del clan a la encomienda y al latifundio en Colombia*, Bogotá-Caracas, 1978, Ediciones Internacionales, 206-207. Páginas más adelante afirmaba tajantemente, «Por debajo de la hoja ilustre de las espadas castellanas que abatían a los guerreros indígenas, se daban la mano la barbarie y la civilización», 230.

15 . *América Latina colonial hasta 1650*, México, 1976, SepSetentas, 91 y 93.

Esa fue la lucha por la cristiandad contra el Islam y sus amigos de Israel. Eso también el mantenimiento de la unidad de la cristiandad contra el sentido secesionista de la Reforma. Y también la civilización de América, en cuya obra fue acompañada y sucedida por los demás pueblos de la Hispanidad [...] guardianes de los inmensos territorios que constituyen la reserva del género humano» (4, 193).

Parecer similar al de Casariego, «España, que llenó la Edad Moderna con un sentido de *cruzada* para defender, en resumidas cuentas, la unidad moral de los hombres, tuvo, como móvil principal de sus empresas descubridoras y conquistadoras, la evangelización y la civilización de los pueblos bárbaros. Ese móvil fue la obsesión que absorbió por completo las primeras inteligencias hispanas del siglo XVI» (1, 128).

Quienes usan el bota fumeiro se apoyan y citan entre sí. Manuel G. Llana decía según Juderías, «Acontecimientos por los cuales deberían haberse decretado para España todo género de alabanzas, hechos *heroicos* apenas concebibles, *hazañas* que hoy pondríamos en tela de juicio si perteneciesen a tiempos más remotos y no existiese para su exacta compulsación toda clase de *documentos fehacientes*, sacrificios que se salen del límite de lo acostumbrado y designios humanitarios y civilizadores, han sido considerados por los analistas extranjeros como actos de crueldad y de perfidia, acciones realizadas bajo el impulso de los más reprobados móviles, y somos acreedores a las más violentas censuras; y lo peor del caso es que semejantes asertos han recibido en gran parte carta de naturaleza en España».¹⁶

Vuelvo sobre lo dicho, el franquismo es peculiaridad de la **LaI**, y Areilza detectaba curiosas analogías «del libro de Juderías se desprende [...] una tremenda lección [...]: la de que la rehabilitación del buen nombre de España en el mundo es algo que, todavía hoy, representa una batalla cotidiana que es preciso reñir sin desmayo. Y cosa singular, esa pelea se lleva a cabo en nuestros días, contra fuerzas y poderes cuya conjura universal tiene -mutatis mutandi- orígenes parecidos. [...]. También nosotros hemos conocido en estos últimos años a los Rafaeles Peregrinos [Antonio Pérez], que iban a las cortes extranjeras y enemigas a vender las *mentiras* de su secreto, que luego nos llegaban por la radio, la prensa, el libro, el cine, en mil versiones diferentes y atroces y a los González Montes que inventaban, para solaz de públicos foráneos, las nuevas torturas de la Inquisición. Y para que nada faltase, también tuvimos nuestros sucesores del Obispo de Chiapas, siquiera no fuesen esta vez indios los perseguidos, sino vascos o catalanes, martirizados según la caricatura actual por el conquistador castellano [...]. Si hoy Juderías viviese conocería el nuevo aluvión de falsedades y embustes que circulan por el mundo sobre nuestra España, y seguramente que su espíritu infatigable de ávido lector y de polemista certero, se lanzaría denodado al combate para replicar, contundente, a los Mauriac y a los Hemingway de una y otra acera, que levantan sin cesar su falso testimonio. Pero su espíritu se sentiría, en cambio, satisfe-

16 «Vindicación de España en lo que se refiere al descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo», en *Revista de España*, (ene-feb 1879) (3, 233).

cho al comprobar que por fin, en las aulas de Nuestras Universidades y Escuelas se enseña 'la Historia de esa España mayor en que todos pensamos, llena de juventud y de vigor'» (3, 19-21).

Mientras, en su breve epílogo a Casariego, el profesor mexicano y notorio oficiante de la **Lal**, Carlos Pereyra concluía «Yo estaré al lado del autor de este libro siempre que se trate de afirmar la grandeza de la obra de España, porque defenderé mis libros. Y no podré apartarme cuando se sostenga la *Cruzada civilizadora* que encabeza Franco, sean cuales fueren sus repercusiones en el mundo» (1, 312).¹⁷

Y Casariego, también explícito, sostenía que en el mundo hispánico «Todos hablan la misma lengua, creen en el mismo Dios y reaccionan de la misma manera ante los problemas hondos de la vida humana: ante el peligro, ante el deber, ante el honor y ante el amor. Además, todos ellos están unidos por eso que José Antonio cantó con justeza al hablarnos de 'la unidad de destino'. Son portadores de unas concepciones y de una manera de entender al hombre y su misión terrena como tránsito subordinado a un más allá. La Hispanidad es, por tanto, una gran causa religiosa y universal, toda una teoría bien cimentada y nobilísima del ser humano, de la sociedad y del Estado./ Es, en su esencia, lo Católico hecho voluntad de milicia [...]; es la espada de Roma, y las Leyes de Indias, y el martillo de herejes, y los anhelos de Isabel, y la luz de Trento; es García Moreno asesinado por la masonería [...] es el carlismo lanzando su Ino; gallardo contra las innovaciones liberales» (1, 234-235).

En efecto, decir que las Leyes de Indias eran portento legislativo y que además se cumplían es otro embeleco de la **Lal**. Para Casariego «eran tan perfectas, tan preclaras, tan sabias y humanas, que el único reproche que se les puede hacer es... que eran demasiado perfectas para las rudas realidades de la Conquista y la asimilación» y a continuación desfiguraba el pasado, «Debido a esta política, las masas indígenas eran fieles al Rey hasta el fanatismo, como nos lo explica el hecho de que, al proclamarse la Constitución del 12 y abolirse las bellas fórmulas de reverencia al Monarca, los indios se negaron a prescindir de los actos rituales de acatamiento. En las guerras de Independencia los indígenas formaban la gran mayoría de los Ejércitos realistas. Boves contaba con un setenta por ciento de indios llaneros» (1, 138-139).¹⁸

Argüía Real, «A casi todos los Monarcas españoles, sin excluir al supuesto Hechizado, se deben otras disposiciones generosísimas y humanitarias en favor de los indios. *Si no se cumplieron* fue no sólo porque España tenía que atender en Europa, a muchas guerras, sino por el flaco espíritu de los hombres, y porque América distaba muchos miles de kilómetros, adonde la solicitud y el celo de los gobernantes no podían llegar» e insistía, «Pero los que no cumplirían, desgraciadamente, serían los hombres, a quienes la demasiada ambición haría burlar la ley» (6, 411-412 y 420).

17 . Podrían citarse, entre sus obras *Breve historia de América*, Madrid, 1930, Aguilar, 749 y *Las huellas de los conquistadores*, Madrid, 1942, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 317.

18 . Los llaneros no eran ni indios ni realistas, véase M. Izard, *Orejanos, cimarrones y arrojados*, Barcelona, 1988, Sendai, 126.

Por su parte Pereña es contundente, «Las Leyes de Indias de 1542 significan el más alto monumento a la libertad y a la dignidad de la persona humana» y «sellaban el esfuerzo gigante de aquellos *apóstoles* que, a través de medio siglo, habían luchado por la *verdad* y la *justicia* contra las crueldades de no pocos aventureros y conquistadores españoles» (5, 3 y 5). No se trata de un ensayo confeccionado gracias a panfletos perpetrados anteriormente para enmascarar lo acontecido, Pereña elaboró una tesis doctoral que sería considerada autoridad.¹⁹ Afirmaba que Cano, Carranza, Covarrubias y Peña, «Unánimemente condenaron las conquistas como sistema de política internacional» (309); pero las justificaron, con los mismos argumentos del actual imperialismo norteamericano, pues «los pueblos libres tienen derecho a intervenir en los asuntos internos de los Estados soberanos para vengar los crímenes contra la humanidad y todo atentado contra los derechos fundamentales de los pueblos [...]. Pero la intervención no daba derecho a la conquista. Únicamente exigía la realización de la *justicia* como un conjunto de derechos que correspondían a la persona humana, a los pueblos o a la comunidad internacional. Inicialmente esta intervención tenía la naturaleza de un mandato, ya fuera de la comunidad de pueblos, ya del mismo Sumo Pontífice [...]./ El método extremo de intervención era la guerra. Aunque se interviniera por medio de las armas, no era precisamente para castigar, vengar o coaccionar, sino escuetamente para defender y garantizar los derechos de la persona y de los fieles cristianos. Más realistas que Bartolomé de las Casas, enjuiciaron exactamente el problema indiano. Había pueblos que tiranizaban a los ciudadanos e inmolaban inicuamente a seres inocentes. España tenía entonces obligación de intervenir, aun contra la voluntad de los oprimidos, que de buen grado eran víctimas de la tiranía. Debía ocupar su territorio hasta lograr la completa capacidad política. No podía esclavizarlos, sino que limitaba su libertad y soberanía para hacer posible la evolución social, España tenía derecho en este caso a extirpar los ritos inhumanos y aún cambiar sus regímenes tiránicos»(5, 310-311).

Juderías decía algo parecido y recriminaba a la Leyenda Negra magnificar abusos, crueldades y explotaciones «ocurridas durante los primeros cuarenta años de la conquista, [...] y prescindir] en absoluto de la inmensa y admirable labor de misioneros y jurisconsultos, de virreyes y capitanes cuyos nombres merecerían estar grabados de indeleble manera en la memoria de todos los españoles no más que porque al lado de ellos resultan microscópicas las tan decantadas figuras de los colonizadores de otras razas» (3, 234).

Una vez más me sorprende contrastar tantos profesores y académicos al servicio del sistema con las clarividentes denuncias de muchos creadores. Bastarán dos ejemplos, Juan Marsé se manifestaba, una vez más, tajante contra el V Centenario, enfatizando, «Durante la interminable era franquista, después de tragar

19. Como era de maliciar, y sostenía Areilza, la **Lal** tuvo y tiene oficientes en las universidades (también estoy indagando la variante) y, de pura lógica, los profesores dirigen nuevas tesis para reforzar sus planteamientos. Quizás el caso más grotesco que conozco es el de Pablo Álvarez Rubiano, elaboró una sin mencionar el vesánico sadismo del estudiado en el cuerpo tesis, a pesar de aportar mucha documentación en amplio apéndice documental, *Pedriarías Dávila. Contribución al estudio de la figura del 'Gran Justador', gobernador de Castilla del oro y Nicaragua*, Madrid, 1944, CSIC, 729.

barriles enteros de quina imperial y hacernos pasar por el aro de tantas imperiales majaderías, a cual más española y más portentosa, conseguimos un buen día acabar con la Fiesta de la Raza, y ahora resulta que la fiestecita cabalga de nuevo bajo otro plumaje y espoleada por otros aguerridos pelmazos de la cosa pública». Antonio Gala, a su vez, reproducía el airado parecer de un fascista «a ninguna otra nación le concedió Dios el honor de descubrir el Mundo Nuevo y redondear el orbe... Descubrimiento he dicho, sí; no encuentro de culturas ni de pueblos. El nuestro fue el elegido para erigir la cruz sobre los ídolos y enseñar a los indios el más hermoso de todos los idiomas. Por eso la bandera es algo sobre lo que no admito pareceres; podría matar a quien la insultase».²⁰

Bibliografía

1. CASARIEGO, J.E.

1941 *Grandeza y Proyección del Mundo Hispánico*, Prólogo del Excmo. Sr. D. Pío Zabala y Lera (rector de la Universidad de Madrid), Epílogo de D. Carlos Pereyra (catedrático de la Universidad de México), Madrid, Editora Nacional, 330.

2. GARCÍA SERRANO, RAFAEL

1949 *Cuando los dioses nacían en Extremadura*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 373.

3. JUDERÍAS, JULIÁN

1954 *La leyenda negra*, Prólogo de José M^a de Areilza, Madrid, Editora Nacional, 407.

4. MAEZTU, RAMIRO DE

1931 *Defensa de la hispanidad*, Valladolid,³ se, 361.

5. PEREÑA VICENTE, LUCIANO

1956 *Misión de España en América, 1540-1560*, Madrid, CSIC, 320.

6. REAL, CRISTÓBAL

1944 *La gran siembra de España*, Madrid, Editora Nacional, 436.

20 . *El País*, suplemento «Babelia», 29/02/92 y «El patriota» en «Semanal», 10/05/92.